



Aula d'Història de Lo Rat Penat
Conferencia del profesor D. Fernando Millán Sánchez

Tema XXVIII.

Gabriel Ciscar.

Entre el Mar, la Ciencia y la Guerra.

Su vida.

Gabriel Ciscar nació el año 1760 en la ciudad de Oliva. Sobrino de Gregorio Mayans, pertenecía, como el gran ilustrado, a una familia poderosa en el campo económico y en el campo social. Y tal vez por ello resulte más curioso comprobar que sus estudios primarios los realizó en la escuela pública de Oliva. La escuela que pocos años antes había creado su famoso tío, y que pretendía ser una escuela alejada de cualquier influencia religiosa.

Era un índice claro de que la familia Mayans-Ciscar quería actuar de un modo ejemplar ante sus conciudadanos. Si habían abrazado el pensamiento racionalista como el camino más seguro para el progreso de la Humanidad, la formación de los jóvenes de la familia no podía estar en manos de la Compañía de Jesús, que era el portaestandarte de la temida Inquisición y la dominadora de la enseñanza secundaria en España.

No podemos olvidar, al respecto, que estamos en los tiempos en los que los ilustrados españoles ganarán la batalla finalmente por la libertad de pensamiento, y los jesuitas serán expulsados de toda la península ibérica.

Una posición ilustrada, la de los Mayans-Ciscar, que se confirma cuando Gabriel Ciscar es enviado a Valencia a cursar sus estudios secundarios. Lo hace en el Colegio Andresiano, que es una Institución educativa regida por los escolapios, los discípulos de San José de Calasanz que, dedicados por entero a la educación de los jóvenes, ofrecen un talante mucho más liberal, tal vez por su procedencia francesa, que la propia de los discípulos de San Ignacio.

Una etapa de formación de la adolescencia que tiene su culminación cuando se produce el ingreso de Gabriel Ciscar en la Universidad de Valencia. Nadie pone en duda en el entorno familiar que el joven Ciscar seguirá el camino marcado por la familia, los estudios de Derecho que su tío Gregorio había dignificado con su inmenso saber. También su tío Juan Antonio Mayans era una referencia.

Fue un deseo familiar nunca cumplido. A los diecisiete años Gabriel Ciscar anunció que renunciaba a sus estudios universitarios. No le interesaban las disciplinas que se cursaban en la Universidad. Su deseo era formar parte de los guardiamarinas españoles que decidían orientar su vida en la Marina Española. Una Marina que en el momento se veía sometida a la continua tensión que provocaban las guerras con Inglaterra, en virtud de los



pactos de familia que convertían la política española en un proceder conjunto con Francia.

En la escuela Naval de Cartagena realizó sus estudios de Guardiamarina. En el transcurrir de los mismos Gabriel Ciscar demostró no solo su profunda vocación de marino sino también, y de manera que atrajo la atención de sus profesores, una extraordinaria capacidad en el dominio de las Matemáticas y de la Ciencia Náutica. El mar era su destino y nadie dudaba de que su carrera sería especialmente brillante si el valor acompañaba al saber.

Sus primeras experiencias en un navío de guerra las conoció en el “Juan Bautista”. Navío de la armada española con el que recorrió todas las aguas y todas las costas del mar Mediterráneo. El lugar donde la presencia de la flota inglesa era permanente, y donde la flota española pretendía mantener, junto a su aliada del momento, la francesa, una posición hegemónica.

Fue un tiempo en el que Gabriel Ciscar aprendió una realidad incontestable que agudizaría su ingenio. La flota inglesa era claramente superior a la franco-española porque estaba mucho mejor artillada y tenía una mayor capacidad de maniobra. También los marineros ingleses estaban más preparados en las artes del mar y en su capacidad para mantener la disciplina. Los españoles solo podían competir con ellos en el campo del valor.

La segunda de sus grandes experiencias marinas la conoció Gabriel Ciscar en las aguas del golfo de Méjico. Estaba allí destinado con la flota para vigilar las costas de la Florida y de la Luisiana, territorios americanos que en el momento eran posesiones españolas. Posesiones permanentemente codiciadas por la marina inglesa y su aliada la holandesa, que pretendían socavar el poder español en el continente americano.

Una experiencia naval que se completaba con las batallas diarias que presentaban las naves piratas, decididas, con el apoyo de Inglaterra, a destruir el comercio que España mantenía de continuo con sus colonias. Una acción de vigilancia sobre los piratas que se multiplicaba con la vigilancia necesaria sobre las pretensiones separatistas que se iban conociendo.

El resultado de ambas experiencias marinas fue, para el marino valenciano, la constatación de que era precisa una reforma urgente en el artillado de nuestros navíos, y, sobre todo, en la preparación de los nuevos mandos de la Marina española.

No es de extrañar, en consecuencia, que la siguiente etapa en el caminar de la vida de Gabriel Ciscar, nos lo presente como profesor de la Escuela Naval. Un tiempo de docencia y de análisis de los males de nuestra

armada, que tiene su punto de culminación cuando Gabriel Ciscar es nombrado director de la Academia.

Tenía plenos poderes para incidir en la formación de todos los guardiamarinas, de los hombres que en un futuro próximo formarían los cuadros de mando de la Marina española, de orientar a los profesores y de mostrar a todos el camino a seguir para el mejoramiento



de la Armada. Su nombramiento como teniente de navío era el refrendo de unos valores que sus superiores premiaban

Es el tiempo en el que Gabriel Ciscar va a trasladar al papel y convertirlos luego en publicaciones, los dos libros que son esenciales en su proceso de renovación de la Marina española. Nos referimos a: “Curso elemental de Marina” y “Compendio de Cosmografía”. El primero dedicado a los alumnos de las Academias Navales, el segundo a toda la oficialidad de la Marina.

Gabriel Ciscar, en el momento considerado el primero en el conocimiento de la Artillería Naval, estaba siguiendo los pasos de Jorge Juan, el otro marino valenciano que le precedía como iniciador de una reforma que convirtió a la armada española en la segunda del mundo tras la inalcanzable Inglaterra.

Era tiempo de utilizar el saber de Gabriel Ciscar para encargarle otras misiones en el campo de la Ciencia marina, en el campo de la Cosmografía.

1795. Gabriel Ciscar es encargado de dirigir un estudio cartográfico sobre la isla de Córcega. Justamente la isla en la que había nacido el hombre, Napoleón Bonaparte, que no solo se encargaría de orientar la Revolución francesa hacia caminos más moderados, sino que pretendería llevar la misma, bajo su mando, a todos los rincones de Europa.

El marino valenciano cumplió la misión encomendada recorriendo todas y cada una de las costas de Córcega, conociendo sus singularidades y confeccionando finalmente el nuevo mapa de sus costas y de sus tierras próximas. Un trabajo que se convertía en el mapa oficial aceptado por todos los países del mundo. Su nombre como hombre de Ciencia, abandonaba el cobijo de su Patria para ser reconocido por todos los entendidos en el saber náutico.

Un reconocimiento general que trajo aparejado el nombramiento de Comisario General de la Artillería de Marina. En palabras más sencillas el encargado de llevar a cabo la tarea que él había presentado como imprescindible para modernizar nuestra armada, para formar a los artilleros de la Marina y para equipar a nuestros navíos con el armamento preciso para poder competir en el mar con cualquiera otra potencia.

Una tarea que consolidó su fama de matemático y cosmógrafo, hasta tal extremo que, por designación real y a propuesta del gobierno español, fue nombrado representante de España en la Comisión Internacional que, bajo el impulso del Instituto de Ciencias francés, sería el encargado de unificar las diversas medidas de los países europeos en una sola medida aceptada por todos.

Estamos hablando del nacimiento del Sistema Métrico Decimal.

En los finales del siglo XVIII y principios del XIX, el movimiento racionalista imperante, apoyado por la Revolución Francesa y el carácter reglamentista de sus gobernantes, habían tomado conciencia de la imposibilidad de seguir planteando el alcanzar un mundo de pro-



greso económico y tecnológico, un mundo occidental mínimamente cohesionado, si seguía manteniéndose una situación de caos en la que las medidas que definían la longitud, el peso y la capacidad, eran absolutamente distintas en cada Nación, en las grandes ciudades y aun en comarcas próximas.

Se imponía acabar con el reinado de medidas como la legua, el celemín, la arroba, la yarda, el pie..., que hacían imposible un comercio internacional que precisaba de medidas iguales en todos los países. Medidas que facilitarían el entendimiento entre industriales y comerciantes de las diversas Naciones.

Aceptada la idea propuesta por el Instituto francés, formada la Comisión encargada de presentar las propuestas definitivas de carácter unificador, se encargó a la misma la medición de los meridianos y paralelos de la Tierra, puesto que de esa medición debía extraerse la medida de longitud que sería el patrón común para todas las Naciones de Occidente. Y era obvio que para ese trabajo nadie estaba más preparado que Gabriel Ciscar.

El resultado del trabajo encomendado es de todos conocido. A partir del siglo XIX el mundo occidental tendrá unas medidas comunes que nacen de la aceptación del sistema decimal como base de partida, y que se concreta en una medida común de longitud: el metro; una medida similar como patrón del peso: el kilo; una medida por todos aceptada de capacidad: el litro.

Se iniciaba una nueva era de mejor comunicación entre las Naciones, con la excepción siempre esperada de la orgullosa Inglaterra, que, por no ceñirse a la dirección científica que Francia imponía, se mantenía al margen de las medidas aceptadas.

La situación política de Europa, y muy especialmente la de España, en esos años finales del siglo XVIII y comienzos del XIX, atravesaba una etapa ciertamente singular. Las apetencias políticas de Napoleón Bonaparte, emperador de los franceses, y la ineptitud de los reyes españoles, Carlos IV y Fernando VI, padre e hijo enfrentados, hacían posible

la instauración de una nueva Casa nobiliaria en España. La propia de los Bonaparte a quienes la Revolución francesa había convertido en dueños de Europa.

Gabriel Ciscar recibió la propuesta del gobierno de José I de integrarse en el nuevo modelo de sociedad que se pretendía implantar en España. Una sociedad de carácter ilustrado, el nuevo monarca era gran maestro de la Logia de Francia, bajo la tutela de Francia y formando parte de su Imperio.

Pero Gabriel Ciscar, como habían hecho otros intelectuales ilustrados españoles, entre los que cabe citar por su representatividad a Jovellanos, había sido ministro con Carlos IV, despreciando el poder que se ponía a su alcance, rechazó la oferta que se le proponía y decidió, bien al contrario, ofrecerse a la Junta de Cartagena, que organizaba la resistencia contra los invasores, para llevar a cabo cualquier tarea que se le encomendase.



Un ofrecimiento, el realizado por uno de los cerebros más reconocidos de la Marina española, que fue inmediatamente aceptado por la Junta de Cartagena, que veía en el marino valenciano al hombre más cualificado para dirigir la resistencia contra Napoleón. Recordar al respecto que mantener el control de Cartagena era tanto como mantener el control de la Armada. La flota española que, como hemos señalado, seguía siendo una de las más importantes del mundo.

Tiempo muy breve de permanencia en las tierras de Murcia por parte del antiguo Comisario General de la Artillería de la Marina, porque sus compañeros le nombraron de inmediato el representante de la Junta de Cartagena y de la Armada surta en sus aguas, ante la Junta Central. Junta que en Madrid, en la clandestinidad necesaria dada la presencia de las tropas francesas, intentaba coordinar el esfuerzo de los españoles para defender a su Patria.

Una permanencia de Ciscar en la Junta de Madrid que se significó muy pronto por las ideas aportadas por el marino de Oliva. Fue él quien planteó la nueva forma de lucha que los españoles debían asumir para su seguro enfrentamiento con un ejército invasor que, era preciso reconocerlo, había vencido al español de una manera definitiva tras la llegada a España del propio emperador de los franceses.

Nacían tras su propuesta las “partidas”. Los grupos de hombres armados poco numerosos pero con una enorme capacidad de movimiento. “Partidas” encargadas por la Junta Central, a través de las Juntas locales, de hostigar permanentemente a las tropas francesas en los caminos, en los pueblos que tenían una pequeña guarnición, en cualquier lugar de la península donde los transportes de suministros pudiesen ser destruidos por los españoles.

Ciscar imponía en el siglo XVIII la guerra de guerrillas, la que desde los comienzos de la Historia de España, Viriato, los astures, los cántabros..., había ofrecido grandes victorias sobre los invasores a los grupos españoles armados, conocedores del territorio y con capacidad suficiente para moverse continuamente sin ofrecer un frente definido al invasor.

Dotes de organizador y de estrategia militar que convirtieron en el año 1809 a Gabriel Ciscar en gobernador de Cartagena, o lo que es lo mismo, en el responsable máximo de la armada española. Una tarea en la clandestinidad que sería premiada en 1810 con su nombramiento de ministro de la Guerra por la Junta Central.

1812. Dominada España casi completamente por las tropas napoleónicas, solo al parecer la ciudad de Cádiz se mantenía libre entre las capitales españolas de cierto rango, se reunían en la ciudad libre unas Cortes que eran la representación de la voluntad de un pueblo que, paradójicamente, aceptaba los principios de la democracia, de la libertad personal promovidos por la Revolución Francesa, al tiempo que rechazaba la presencia de un rey ilustrado y del ejército que lo sostenía como tal.

Unas Cortes de Cádiz que aprobaron una Constitución liberal, de carácter avanzado, aunque declarando al tiempo la catolicidad del estado español. Unas Cortes Constituyentes



que designaban a un gobierno de la Nación que será conocido como la Regencia de España, y que tendría a su cargo la dirección de las guerras de liberación como depositarios del poder del monarca legítimo. Un monarca que, al decir de las gentes, era prisionero de Napoleón.

Gabriel Ciscar fue designado por los diputados reunidos en Cádiz uno de los regentes de España, teniendo a su cargo, de manera singular dados sus conocimientos y su prestigio personal, todo lo referente a los asuntos de la Guerra.

Y fue en este cargo en el que Gabriel Ciscar cumplió una misión ciertamente excepcional. Negoció con Inglaterra, concretamente con el duque de Malborough, general en jefe del ejército inglés desembarcado en Portugal, las condiciones del acuerdo por el que los españoles apoyarían a los ingleses en la guerra que se suscitaba por la liberación de España.

Igualmente dirigió las negociaciones con el zar de todas las Rusias, Alejandro I, que en el momento era el enemigo más encarnizado con el que Napoleón tenía que enfrentarse en territorio europeo. De hecho, es sabido que todas las victorias de Napoleón en Europa, contra los austriacos y contra los prusianos, se estrellaron ante las llanuras heladas de Rusia,

Pactos, ambos, que en los siguientes años darían los frutos que conocemos: la derrota del emperador de los franceses y la abdicación de José I como rey de España.

La Junta Central se constituía en la garante de la paz española a la espera de la llegada de un monarca que la propaganda presentaba como el “Deseado”.

Los datos históricos conocidos son reveladores de la ingenuidad de los liberales españoles del siglo XIX, que, en principio, controlaban la regencia en representación del monarca de España. Sabemos que Fernando VII, el mismo que se humillaba ante el emperador francés, en vez de dirigirse directamente a Madrid como se le solicitaba, desembarcó primero en Valencia.

Allí le esperaba el general Elio, capitán general del territorio valenciano, que, apoyado en un manifiesto de la nobleza que conocemos como “Manifiesto de los Persas” en el que se le pedía al monarca que recuperase todos sus poderes, limitados por la Constitución liberal, le proclamaba como monarca absoluto de España, de quien dependían todos los poderes, el legislativo, el ejecutivo, y el judicial. Se le añadía que todas las fuerzas del ejército estaban a su disposición

Una designación como rey absoluto por parte del ejército que Fernando VII aceptó de inmediato, y que certificó aboliendo la naciente Constitución de Cádiz.

Se iniciaba en este momento, era el año 1814, un periodo de persecuciones y de encarcelamiento de los líderes liberales más significados, que en el caso de Gabriel Ciscar, se concretó en su prisión primero, en su destierro a Murcia más tarde.



Pero en el año 1820, apenas pasados seis años del gobierno dictatorial de Fernando VII, el coronel Riego, miembro de los círculos masónicos, que debía conducir el ejército congregado en los puertos andaluces hacia las posesiones americanas para acabar con las rebeliones existentes, decidió suspender el embarque de las tropas y pronunciarse contra el poder absoluto de la monarquía, al tiempo que reclamaba la aceptación de la Constitución de 1812 como la Carta Magna que tanto la monarquía como el pueblo español debían aceptar.

Tras un tiempo de zozobra en el que las fuerzas de Riego se paseaban por Andalucía divulgando su posición liberal, al tiempo que reclamaba el apoyo de los diferentes regimientos del ejército, las fuerzas conservadoras que apoyaban a Fernando VII decidieron aceptar las demandas de Riego, al entender que la mayoría del ejército estaba, en aquellos momentos, con él.

1820. El rey de España juraba la Constitución nacida el año 1812 que estipulaba el gobierno conjunto del monarca con las Cortes elegidas por sufragio, iniciándose el periodo histórico que conocemos como el Trienio Liberal.

Tiempo en el que Gabriel Ciscar fue de nuevo llamado a la política para desempeñar el cargo de Consejero de Estado. Tres años que apenas sirvieron para constatar las divisiones internas de los liberales y la falta de interés de los ciudadanos, excepción hecha de los intelectuales, por los asuntos políticos.

Europa, por otra parte, vivía los años de la reacción contra los avances políticos de la Revolución Francesa y del gobierno de Napoleón, apoyando a los gobiernos de carácter tradicionalista, las monarquías absolutas, que dominaron el Congreso de Viena. Congreso donde se aprobó la creación de la Santa Alianza, la unión de Rusia, Prusia, Austria y Francia, donde los monarcas de la Casa de Borbón habían vuelto al poder en la persona de Luis XVIII, para defender las monarquías absolutas.

A la Santa Alianza pidió ayuda Fernando VII para acabar con el liberalismo español. Una ayuda que le fue concedida y que se concretó con la invasión de España por parte de un ejército de cien mil hombres sostenido por la alianza, dispuesto a devolver al monarca español su capacidad de monarca absoluto.

Y, como tantas veces ha ocurrido en la Historia de España, el mundo contempló asombrado como las mismas gentes que se habían levantado en contra del ejército francés enviado por Napoleón para apoyar a su hermano José, vitoreaban ahora a un ejército al que llamaron los “Cien mil hijos de San Luis”. Un ejército cuya primera misión fue apoyar la vuelta de la monarquía absoluta y la persecución de los liberales que habían gobernado durante tres años.

Se iniciaba lo que en la Historia de España se conoce como la década ominosa. Diez años de un gobierno dictatorial, 1823-1833, en los que los líderes liberales, incluidos los héroes de la Guerra de Independencia como “El Empecinado”, fueron perseguidos, encarcelados,



ejecutados, y en los que la política española la llevaron a cabo los chulos y castizos que gobernaban junto al más depravado de los monarcas que los españoles han tenido que soportar. Sin más ley que la que impartía un monarca especialmente corrupto, y sin más horizonte que las corridas de toros, solo la emigración se presentó a los intelectuales españoles como camino de salvación.

En el concreto caso de Gabriel Ciscar pudo salvar su vida gracias a los oficios diplomáticos del embajador francés y del apoyo recibido por los ingleses, especialmente por parte del general vencedor de Napoleón,

que le ofrecieron el refugio del peñón de Gibraltar donde el insigne marino español vivió sus últimos años. Un destierro que pagaba toda una vida dedicada a la Marina, a la Ciencia, a la Patria.

Gabriel Ciscar moría el año 1829. Tiene pendiente el reconocimiento de todos los españoles y, muy especialmente, del pueblo valenciano.

Su obra.

Hemos afirmado que la vida de Gabriel Ciscar se proyecta en torno a tres objetivos a cumplir: el mejoramiento de la Marina española; la aportación al mundo de la Ciencia por parte de los españoles; y la defensa de la dignidad de su Patria.

Tres objetivos cumplidos y que son la muestra de la obra realizada como intentaremos demostrar.

Su dedicación a la Marina española tiene una expresión concreta en su libro ya citado con el título de “Manual de Marina”. Un tratado que, siguiendo los pasos de Jorge Juan, el otro insigne marino valenciano que vivió en el siglo XVIII, trata de marcar las pautas y los conocimientos que los futuros oficiales de la Marina española debían poseer. Pautas y conocimientos que se dedican tanto a la base que los sustentan, las Matemáticas, la Náutica, la Cosmografía..., cuanto a las condiciones personales de valor y de capacidad de mando.

Señalábamos en páginas anteriores que una de las mayores experiencias de Gabriel Ciscar en sus años de navegar los mares y participar en las guerras contra Inglaterra, fue justamente la de comprobar la superior formación de la oficialidad inglesa con respecto a la española o a la francesa. Una superioridad que se cimentaba, en primer lugar, en los conocimientos náuticos, en segundo lugar en la disciplina exhibida, en tercer lugar en el valor demostrado.

Era obvio que en el dominio del valor los españoles no les iban a la zaga, pero no podía decirse lo mismo cuando se trataba del principio de la disciplina, absoluta fidelidad a las órdenes recibidas de los superiores fueren cuales fuesen las circunstancias, ni mucho menos cuando se trataba de demostrar las capacidades tácticas, la práctica, que la oficialidad de una y otra Armada exhibían.



Y estas eran las cualidades a exigir en los mandos de la Marina Española. En primer lugar, conocimientos náuticos, pero sobre todo capacidad estratégica. Capacidad que se obtenía con el estudio de las grandes batallas que la Humanidad había librado en el mar, y en las prácticas de combate que eran la prueba final de la competencia.

Batallas y prácticas en las que igualmente se aprendía lo que significaba la disciplina. Las órdenes del mando, en el discurrir de una batalla, no podían ser puestas en cuestión en ningún caso, aunque pudieran parecer desafortunadas. Primero obedecer y más tarde, a partir de los resultados, hablar.

Pero las cualidades de los oficiales que nuestra Marina pudiese ofrecer, no eran suficientes para competir con la Marina Inglesa. Para conseguirlo debían alcanzarse otras dos condiciones indispensables: la superioridad artillera de los buques, y la capacidad y número de los mismos en la maniobra. Y era en estas condiciones, superioridad artillera, superioridad en número, superioridad en capacidad de maniobra, donde la hegemonía inglesa era manifiesta desde el siglo XVI.

Una realidad que Gabriel Ciscar, en su puesto de profesor primero, en su cometido de Comisario General de Artillería naval, en el desempeño de sus funciones como ministro de la Guerra, quiso llevar a la práctica. Su esfuerzo y el de todos los que le precedieron, consiguieron que nuestra flota, aunque fuese derrotada por la armada inglesa en batallas tan decisivas como la de Trafalgar en la que los marinos españoles rayaron a una altura de héroes, fuese considerada como la segunda del mundo.

Pero más allá de su pasión por la Marina, Gabriel Ciscar era un hombre de la Ilustración. Un hombre que, en la estela de su tío Gregorio Mayans, creía firmemente en la primacía de la Razón como único camino viable para el progreso de la Humanidad.

Una posición que contrastaba absolutamente no solo con las posiciones tradicionalistas todavía imperantes en el mundo del pensamiento español, sino, y más preocupante, en la ignorancia generalizada de las gentes capaces de apoyar como gobernante a un ser como Fernando VII, iletrado, inculto, ignorante, frente a los políticos liberales que intentaban acabar con esa plaga de analfabetismo que era el pecado capital de los españoles.

España no podía quedarse al margen de la Ilustración. España no podía quedarse al margen de una Europa que, en los países como Francia y Alemania, estaba marcando el camino que todo el Occidente necesitaba andar.

Su labor en este campo de hacer presente a España en el devenir de la Ilustración, siguiendo el camino de Gregorio Mayans y Ciscar, fue de un valor todavía no reconocido. Su presencia en la determinación de las nuevas medidas, su apoyo al nuevo sistema métrico decimal, su capacidad en el campo de la Cosmografía para la medición de los meridianos, hicieron posible que el nombre de España se situase entre el propio de los países civilizados.



Su obra, “Compendio de Cosmografía”, le había abierto las puertas de una consideración internacional que salvaba el honor científico de una España que, si en el reducido número de los Ilustrados era considerada como culta, en el contemprar del conjunto de su población y de sus políticos, era tratada como un apéndice del continente africano.

“África empieza en los Pirineos” será, tras la desaparición de los liberales del poder, una de las acusaciones más graves que nuestra Patria ha sufrido.

Y cerramos este apartado de la semblanza de Gabriel Ciscar recordando su papel en la Guerra de la Independencia.

En su transcurrir ocupó, como hemos dejado escrito, todos los puestos del poder. Un poder clandestino que arriesgaba su vida cada día. Su obra en este campo queda dicha. Fue el impulsor de las “partidas”, de la guerra de guerrillas que hacían posible el control de unos caminos negados para el suministro de las fuerzas de ocupación, y también el forjador del pacto de España con Inglaterra y con Rusia. El pacto que, en opinión de los historiadores, decidió finalmente la derrota de Napoleón Bonaparte.

Una obra de Gabriel Ciscar en verdad ingente, que salvó a España de la opresión napoleónica. Valencia, con Gabriel Ciscar, alcanza un papel estelar en la Historia de Occidente.